

y sin llegar á las manos me venció sola su vista. Desde entonces me alistó amor entre sus soldados, supe lo que eran cuidados que hasta aquel instante, no. Tiré sueldo de desvelos, sospechas me acompañaron, imposibles me animaron, quilataron mi amor celos; y procurando saber quién era la causa hermosa de mi pasión amorosa en que me siento encender, supe que era la Princesa, hija del bárbaro Rey, contraria en sangre y en ley, si una sola amor profesa. Y, como imposibilita la nuestra el mezclarse, hermana, sangre idólatra y pagana con la nuestra israelita, viendo mi amor imposible, á la ausencia remití mi salud, por que creí que de su rostro apacible huyendo, el seso perdido, á pesar de tal violencia, ejecutara la ausencia los milagros del olvido. Volvíme á Jerusalén, dejé bélicos despojos, quise divertir los ojos, que siempre en su daño ven; pero, ni conversaciones, cazas, juegos ó ejercicios, fueron remedios, ni indicios de aplacarse mis pasiones. Creció mi mal de día en día con la ausencia; que quien ama, espuelas de amor la llama, y, en fin, mi melancolia ha llegado á tal extremo que aborrezco lo que pido, lo que me da gusto olvido, y me anima lo que temo. Aguardé á mi padre el Rey para que, cuando volviese, por esposa me la diese; que, aunque de contraria ley la nuestra, hermana, dispensa del Deuteronomio santo, con que cuando amare tanto como yo, y casarse piensa con mujer incircuncisa ganada en lícita guerra, la traiga á su casa y tierra donde en paz sus campos pisa, le quite el gentil vestido y la adorne de otros bellos, le corte uñas y cabellos y pueda ser su marido. Esta esperanza en sosiego hasta ahora conservé, pero ya; Infanta, que sé que mi padre á sangre y fuego la ciudad de quien adoro

destruyó, quedando en ella muerta mi idólatra bella; sangre por lágrimas lloro; este es mi mal, imposible de sanar, esta mi historia; consérvala mi memoria para hacerla más terrible. ¡Ten piedad, hermana bella, de mí!

TAMAR. Dios, hermano, sabe si cuanto es tu mal más grave me aflige más tu querella. Mas yo ¿cómo puedo Amón remediarte?

AMÓN. Bien pudieras, si tú, mi Tamar, quisieras. Ya espero la conclusión.

TAMAR. Mira, hermana de mi vida, aunque es mi pasión extraña como es niño amor, se engaña con cualquier cosa fingida. Lora un niño, y á su ama pide leche, y dale el pecho tal vez otra, sin provecho, donde, creyendo que mama solamente se entretiene. ¿No has visto fingidas flores que, en apariencia y colores la vista á engañarse viene? Juega con la espada negra en paz, quien la guerra estima, engañando con la esgrima las armas con que se alegra; hambriento he yo conocido que de partir y trincar suele más harto quedar que los otros que han comido; pues mi amor, en fin, rapaz, si á engañarle hermana llegas, si amorosas tretas juegas, si tocas cajas en paz, si le das fingidas flores, si el pecho toma á un engaño, si esgrime seguro el daño, si de aparentes favores trincha el gusto que interesa, podrá ser, bella Tamar, que sin que llegue al manjar le satisfaga la mesa. Mi Princesa malograda fué imagen de tu hermosura; suspender mi mal procura en su nombre transformada. Sé tú mi dama fingida; consiente que te enamore, que te ronde, escriba, lllore, cele, obligue, alabe, pida; que el ser mi hermana, asegura á la malicia sospechas, y mis llamas satisfechas al plato de tu hermosura, mientras el tiempo las borre, serás fuente artificial, que alivia al enfermo el mal, sin beber, mientras que corre. Si en eso estriba no más, caro hermano, tu sosiego,

tu gusto ejecuta luego, que en mí tu dama hallarás, quizá más correspondiente que la que así te abrasó. Ya no soy tu hermana yo; preténdeme diligente, que, con industrioso engaño, mientras tu hermana no soy, para que sanes, te doy de término todo este año.

AMÓN. ¡Oh, lengua medicinal! ¡Oh, manos de mi ventura!

(Besa las manos de Tamar.)

¡Oh, cielo de la hermosura! ¡Oh, remedio de mi mal!

Ya vivo, ya puedo dar saltó á mi mortal llama.

TAMAR. ¿Dicesme eso como á dama, ó solo como á Tamar?

AMÓN. Como á Tamar hasta agora; más, desde aquí, como á espejo de mi amor.

TAMAR. ¿Luego ya dejo de ser Tamar?

AMÓN. Sí, señora.

TAMAR. ¿Princesa soy amonita?

AMÓN. Finge que en tu patria estoy, y que hablar contigo voy al alcázar, donde habita tu padre, el Rey, que cercado por el mío, está afligido; y yo en tu amor encendido, después de haberte avisado que esta noche te he de ver, entro atrevido, y seguro por un portillo del muro, y tú, por corresponder con mi amor, á recibirme sales.

TAMAR. Donosa aventura. Comienzo á hacer mi figura. (No haré poco en no reirme.)

AMÓN. Entro, pues.—Arboles bellos de este jardín, cuyas hojas son ojos, que mis congijas lora amor por todos ellos, ¿habéis visto á quien adoro? Pero sí, visto la habéis, pues el ámbar que vertéis condensado en gotas de oro, de su vista le heredáis.

TAMAR. ¿Si habrá el Príncipe venido?—

AMÓN. ¿Sois vos, mi bien?

AMÓN. Qué, ¿he adquirido el blasón con que me honráis?

¡Dichoso mi amor mil veces!

TAMAR. ¿Venís solo?

AMÓN. No es discreto el amor que no es secreto. ¿Cómo, amores, no me ofreces esos brazos amorosos que con mis suspiros merco? Pues que con los míos os cerco, cielos de amor luminosos, zona soy que se corona con los signos de oro bellos de esos hermosos cabellos;

estrellas son de esa zona esos ojos, esas manos que al cristal envidia dan; la vía láctea serás de mis gustos soberanos. ¡Ay mis manos, que me abraso!

(Besa las manos á Tamar.)

si á los labios no os arrimo con que sus llamas reprimo! Remediadme

TAMAR. Paso, paso, que no os doy tanta licencia.

AMÓN. ¿Dicesme eso como á hermano, ó como amante, que ufano está loco en tu presencia?

TAMAR. Como á hermano y á galán; que si de veras te abrasas, las leyes de hermano pasas; y si favores te dan ocasión de que así estés la primera vez que vienes á ver tu dama, no tienes de medrar por descortés. Basta, por agora, esto. ¿Cómo te sientes?

AMÓN. Mejor.

TAMAR. ¡Donosas burlas!

AMÓN. De amor.

TAMAR. Ya es sospechoso este puesto. Vete.

AMÓN. ¿No eres tú mi hermana?

TAMAR. El serlo recato pide.

AMÓN. Como á galán me despide.

TAMAR. Vaya, pues esto te sana.

AMÓN. Adiós, dulce prenda.

TAMAR. Adiós.

AMÓN. ¿Queréisme mucho?

TAMAR. Infinito.

AMÓN. ¿Y admitis mi amor?

TAMAR. Si admito.

AMÓN. ¿Quién es vuestro esposo?

TAMAR. Vos.

AMÓN. ¿Vendré esta noche?

TAMAR. A las once.

AMÓN. ¿Olvidaréisme?

TAMAR. En mi vida.

AMÓN. ¿Quedáis triste?

TAMAR. Enternecida.

AMÓN. ¿Mudaréisos?

TAMAR. Seré bronce.

AMÓN. ¿Dormiréis?

TAMAR. Soñando en vos.

AMÓN. ¡Qué dicha!

TAMAR. ¡Qué dulce sueño!

AMÓN. ¡Ay mi bien!

TAMAR. ¡Ay caro dueño!

AMÓN. Adiós, mis ojos.

TAMAR. Adiós. (Vase Amón.)

ESCENA VII

Sale Joab, que ha estado escuchando escondido.

TAMAR.

JOAB. Escuchando de aquí he estado, aunque á mi pesar, finezas, requiebros, gustos, ternezas

de un amor desatinado.
 ¿Usanse entre los hermanos,
 aun de la gente perdida,
 esto de mi bien, mi vida,
 ceñir cuellos, besar manos?
 «¡Ay, mi esposa!—¡Ay caro dueño!—
 ¿Mudaráste?—Seré bronce.—
 ¿Vendré esta noche?—A las once.—
 ¿Soñaré en tí? ¡Dulce sueño!»
 No sé yo que haya señales
 de una hermanada afición
 como estas, si ya no son
 Tamar, de hermanos carnales.
 En pago de mis hazañas
 pedirte al rey pretendí,
 por esta causa emprendí
 dificultades extrañas.
 El primero que asaltó
 á vista del campo hebreo
 con muerte del jebuseo
 muros en Sión, fui yo.
 Su capitán general
 el rey profeta me hizo,
 con que en parte satisfizo
 mi pecho noble y leal.
 En muestras de este deseo
 siempre que á la guerra fui,
 partí, llegué, vi y vencí;
 y agora llego, entro y veo
 amores abominables,
 ofensas de Dios, del Rey,
 de tu sangre, de tu ley;
 y con efectos mudables,
 olvidados mis servicios,
 menospreciado mi amor,
 mal pagado mi valor
 y de tu deshonra indicios.
 Mas, gracias á Dios, que ha sido
 en tiempo que queda en pie
 mi honra; desde hoy haré
 altares al cuerdo olvido;
 al Rey diré lo que pasa
 como testigo de vista,
 pues, cuando extraños conquista,
 afrentáis propios su casa;
 y, mientras hace el olvido
 en mi pecho habitación,
 en el incestuoso Amón
 tendrás hermano y marido.

TAMAR. Oye, espera, Joab valiente;
 así alargue Dios tus años
 que escuches los desengaños
 de un amor, sólo aparente.
 Si á un loco que con furor
 rey se finge, el que es discreto
 por librarle de un aprieto
 le va siguiendo el humor,
 le intitula majestad,
 le habla hincada la rodilla,
 cual vasallo se le humilla,
 y teme su autoridad,
 con que su fuerza sosiega;
 á que adviertas te provoco
 que está Amón de amores loco,
 y que de esta pasión ciega
 ha de morir brevemente
 con que á mi padre ha de dar,

si no le mata el pesar,
 vejez triste é inclemente.
 Quiso á una dama amonita
 que con los demás murió
 cuando á Rábata asaltó
 la venganza israelita.
 Tiénela en el alma impresa
 y la ama sin esperanza;
 dice soy su semejanza,
 y que si del mal, me pesa,
 que le abrasa, finja ser
 la que adora, y cuando venga
 con amores le entretenga.
 Es mi hermano, sé el poder
 del ciego amor que le quema,
 y para que poco á poco
 aplaque el tiempo á este loco
 seguí, como ves, su tema.
 Mas, pues resulta en tu daño
 y en riesgo de mi opinión,
 muérase mi hermano Amón
 y cese desde hoy tu engaño.
 Si él ama, yo amo también
 las partes de un capitán,
 el más valiente y galán
 que ha visto Jerusalén.
 Pídemela á mi padre luego,
 que otras hijas ha casado
 con vasallos que no han dado
 las muestras que en tí á ver llego,
 y no ofenda esta maraña
 el valor de mi firmeza,
 ni un amor en la corteza
 que á un enfermo amante engaña.

JOAB. Conozco tu discreción
 y tus virtudes no ignoro;
 tu honesta hermosura adoro
 y celebro tu opinión.
 No haya más celos, ni enojos;
 perdone á Joab, Tamar,
 que desde hoy jura no dar
 crédito ni fe á sus ojos.
 Si ser tu esposo intereso,
 será premio de mi amor;
 en fe de aqueese favor
 la mano, hermosa, te beso. (Vase.)

ESCENA VIII

Sale Amón al mismo tiempo que Joab besa la mano
 á TAMAR.

AMÓN.

Besar la mano donde el labio ha puesto
 su Príncipe, un vasallo, es hecho alevé;
 que el vaso se reserva donde bebe
 el caballo, el vestido y el real puesto.
 Como hermano, es mi agravio manifiesto;
 como amante, á furor mi pecho mueve.
 ¡Dolo de mi amor, hermana level!
 ¿tan presto atormentar? ¿Celos tan presto?
 Como amante ofendido y como hermano:
 á locura y venganza me provocas,
 daré la muerte á tu Joab villano,
 y cuando niegues tus mudanzas locas,
 desmentiré tu besada mano,
 pues por tener con qué, buscó dos bocas.

TAMAR.

Ya sea, Amón, tu hermana, ya tu dama,
 aquella verdadera, ésta fingida,
 quimeras deja, tu pasión olvida;
 que enferma, porque tú sanes, mi fama.
 Si una difunta en mí busca tu llama,
 diré que estoy para tu amor sin vida;
 si siendo hermana soy de ti oprimida,
 razón es que aborrezca á quien me infama.
 No me hables más palabras disfrazadas,
 ni con engaños tu afición reboces,
 cuando Joab honesto amor pretenda;
 que andamos yo y tu dama muy pegadas,
 y no sé yo como tu intento goces,
 sin que la una de las dos se ofenda. (Vase.)

ESCENA IX

AMÓN.

¿Ansí te vas, homicida?
 ¿Con palabras tan resueltas,
 la venda y la herida sueltas
 para que pierda la vida?
 Pues yo te daré venganza
 cruel, mudable Tamar;
 que, en fin, acabas en mar
 por ser mar en la mudanza.
 ¡Que me abraso, ingratos cielos;
 que me da muerte mi rigor!

ESCENA X

Sale JONADAB.

JONADAB. ¿Qué es aquesto, gran señor?
 AMÓN. Mal de corazón, de celos.
 JONADAB. ¿Celos? ¿No sabré yo, acaso,
 de quién?
 AMÓN. Sí, que pues me muero
 ni puedo callar, ni quiero:
 por Tamar de amor me abraso.
 JONADAB. ¿Qué dices?
 AMÓN. No me aconsejes;
 dame muerte, que es mejor.
 JONADAB. Desatinado es tu amor;
 mas, para que no te quejes
 de mi lealtad conocida,
 tu pasión quiero aliviar:
 pierda su honra Tamar
 y no pierdas tú la vida.
 Fingete malo en la cama.
 AMÓN. No es mi tormento ficción.
 JONADAB. Disimula tu afición
 y al Rey, que te adora, llama.
 Pídele que venga á darte
 Tamar, tu hermana, á comer;
 y cuando esté en tu poder,
 no tengo que aconsejarte;
 discreto eres: la ocasión
 lo que has de hacer te dirá.
 AMÓN. En ese remedio está
 mi vida ó mi perdición.
 Ve por mi padre ¿qué aguardas?
 JONADAB. Como andas á tiento, amor
 no distingues de color,
 ni á hermanos respeto guardas. (Vase.)

ESCENA XI

AMÓN.

Si amor consiste sólo en semejanza,
 y tanto los hermanos se parecen,
 que en sangre, en miembros y en valor merecen
 igual correspondencia y alabanza,
 ¿qué ley impide lo que amor alcanza?
 De Adán, los mayorazgos nos ofrecen,
 siendo hermanos, ejemplos que apetece
 lo mismo que apetece mi esperanza.
 Perdones, pues, la ley que mi amor priva,
 vedando que entre hermanos se conserve;
 que la ley natural en contra alego.
 Amor, que es semejanza, vengza y viva;
 que, si la sangre, en fin, sin fuego hierve
 ¿qué hará sangre que tiene tanto fuego?

ESCENA XII

Salen DAVID, JONADAB y ELIAZER. AMÓN.

DAVID. De que envíes á llamarme,
 hijo, arrimo de mi vida,
 ya mi tristeza se olvida,
 ya vuelves á consolarme.
 Habla, no repares, pide.
 AMÓN. Padre, mi flaqueza es tanta,
 que la muerte se adelanta,
 si tu favor no lo impide.
 No puedo comer bocado,
 ni hay manjar tan exquisito,
 que alentando el apetito,
 mi salud vuelva á su estado.
 Como el mal todo es antojos,
 pareceme, padre, á mi
 que á venir Tamar aquí,
 con solo poner los ojos
 y las manos en un pisto,
 una substancia ó bebida,
 términos diera á la vida,
 que ya de camino has visto.
 ¿Quiere, señor, vuestra alteza,
 concederme este favor?
 DAVID. Poco pides á mi amor:
 si así alivias tu tristeza,
 Tamar vendrá diligente.
 AMÓN. Beso tus pies.
 DAVID. Eso es justo.
 AMÓN. Guisa Tamar á mi gusto,
 y entiéndele solamente.
 DAVID. No le quiero dilatar;
 voy á llamar á la Infanta. (Vase David.)
 AMÓN. Eliazer, dime algo, canta
 si alivia á amor el cantar.
 ELIAZER. (Canta.) «Cuando el bien que adoro
 los campos pisa,
 madrugando el alba,
 llora de risa.
 Cuando los pies bellos
 de mi niña hermosa
 pisan, juncia y rosa,
 ámbar salen de ellos;
 va el campo á prendellos
 con grillos de flores,

y muerta de amores,
si el sol la avisa,
madrugando el alba
llora de risa.»

ESCENA XIII

Sale TAMAR con una toalla al hombro y una escudilla de plata entre dos platos de lo mismo.

TAMAR. Mandóme el Rey, mi señor,
que á vuestra alteza trujese
de mi mano, que comiese,
porque conozco su humor;
ya no tendrá buen sabor
si de gusto no ha mudado,
porque aunque yo lo he guisado,
si llaman gracia á la sal,
yo vendré, Príncipe, tal,
que no estará sazonado.

AMÓN. Jonadab, salte allá fuera,
cierra la puerta, Eliazer,
(Vanse estos.)

que á solas quiero comer
manjares que el alma espera.

TAMAR. Lo que haces considera.

AMÓN. No hay ya que considerar;
tú sola has de ser manjar
del alma á quien avarienta
tanto ha que tienes hambrienta,
pudiéndola sustentar.

TAMAR. Caro hermano, que harto caro
me saldrás si eres cruel;
Príncipe eres de Israel,
todos están en tu amparo;
mi honra es espejo claro
donde me remiro y precio;
no sufrirá su desprecio
si le procuras quebrar,
ni tú otro nonibre ganar
que de amante torpe y necio.
(Retirándose.) Tu sangre soy.

AMÓN. Así te amo.

TAMAR. Sosiega.

AMÓN. No hay sosegar.

TAMAR. ¿Qué quieres?

AMÓN. Tamar, amar.

TAMAR. ¡Detente!

AMÓN. Soy Amón, amo.

TAMAR. ¿Si llamo al Rey?

AMÓN. A Amor llamo.

TAMAR. ¿A tu hermana?

AMÓN. Amores gusto.

TAMAR. ¡Traidor!

AMÓN. No hay amor injusto.

TAMAR. Tu ley...

AMÓN. Para amor no hay ley.

TAMAR. Tu Rey...

AMÓN. Amor es mi rey.

TAMAR. Tu honor...

AMÓN. Mi honor es mi gusto.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Salen AMÓN echando á empellones á TAMAR, ELIAZER y JONADAB.

AMÓN. ¡Vete de aquí; salte fuera,
veneno en taza dorada,
sepulcro hermoso de fuera,
arpiá que en rostro agrada,
siendo una asquerosa fierá!
Al basilisco retratas,
ponzoña mirando arrojas.
¡No me mires, que me matas!
¡Vete, monstruo, que me aojas
y mi juventud maltratas!
¿Que yo te quise? ¿Es posible
que yo te tuve afición?
Fruta de Sodoma horrible,
en la médula carbón
si en la corteza apacible.

¡Sal fuera, que eres horror
de mi vida y su escarmiento!

¡Vete, que me das temor!

Más es mi aborrecimiento,
que fué primero mi amor.

¡Hola, echádmela de aquí!

TAMAR. Mayor ofensa é injuria
es la que haces contra mí,
que fué la amorosa furia
de tu torpe frenesí.

¡Tirano de aqueste talle,
doblar mi agravio procura
hasta que pueda vengalle;
mujer gozada es basura;
haz que me echen á la calle,
ya que así me has deshonrado;
lama el plato en que has comido,
un perro, al suelo arrojado;
di que se ponga el vestido,
que has roto ya, algún criado.
Honra con tales despojos
á quien se empleó en servirte,
y á mí dame más enojos.

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

AMÓN. ¡Quién por no verte ni oírte,
sordo naciera y sin ojos!

¿No te quieres ir, mujer?

TAMAR. ¿Dónde iré sin honra, ingrato,
ni quién me querrá acoger,
siendo mercader, sin trato,
deshonrada una mujer?

Haz de tu hermana más cuenta,
ya que de ti no la has dado;
no añadas afrenta á afrenta,
que en cadenas del pecado,
perece quien las aumenta.

Tahur de mi honor has sido;
ganado has, por falso modo,
joyas que en vano te pido;
quítame la vida y todo,
pues ya lo más he perdido.

No te levantes tan presto,
pues es mi pérdida tanta,
que aunque el que pierde es molesto,
el noble no se levanta

mientras en la mesa hay resto.
Resto hay de la vida, ingrato;
pero es vida sin honor,
y así de perderla trato:
acaba el juego, traidor;
dame la muerte en barato.

AMÓN. ¡Infierno, ya no de fuego,
pues helando me atormentas!
¡Sierpe, monstruo, vete luego!

TAMAR. El que pierde, sufre afrentas
porque le mantengan juego.
Mantenme juego, tirano,
hasta acabar de perder
lo que queda: alza, villano,
la mano; quítame el ser,
y ganarás por la mano.

AMÓN. ¿Vióse tormento como este?
¡Hola! ¿No hay ninguno ahí?
¡Que esto un desatino cueste!

ELIAZER. ¿Llamas?

AMÓN. Echadme de aquí
esta víbora, esta peste.

ELIAZER. ¿Víbora, peste? ¿Qué es de ella?

AMÓN. Llevadme aquesta mujer;
cerrad la puerta tras ella.

JONADAB. Carta, Tamar, viene á ser;
leyóla y quiere rompella.

AMÓN. Echadla á la calle.

TAMAR. Así
estaré bien, que es razón,
ya que el delito fué aquí,
que por ellas dé un pregón,
mi deshonra, contra ti.

AMÓN. Voime por no te escuchar.
(Vase Amón.)

JONADAB. ¡Extraño caso, Eliazer,
tal odio tras tanto amar!

TAMAR. Presto, villano, has de ver
la venganza de Tamar.
(Vase.)

ESCENA II

Salen ABSALÓN y ADONIAS.

ABSALÓN.

Si no fueras mi hermano, ó no estuvieras
en palacio, ambicioso, brevemente
hoy, con la vida bárbara, perdieras
el deseo atrevido é imprudente.

ADONIAS.

Si en tus venas la sangre no tuvieras
con que te honró mi padre indignamente,
yo hiciera que quedándose vacías,
de púrpura calzaran á Adonias.

ABSALÓN.

¿Tú pretendes reinar, loco villano?
¿Tú, muerto Amón del mal que le consume,
subir al trono, aspiras, soberano,
que en doce tribus su valor resume?
¿Que soy no sabes tu mayor hermano?
¿Quién competir con Absalón presume,
á cuyos pies ha puesto la ventura
el valor, la riqueza y la hermosura?

ADONIAS.

Si el reino israelita se heredara
por el más delicado, tierno y bello,
aunque no soy yo monstruo en cuerpo y cara,
á tu yugo humillara el reino el cuello;
cada tribu hechizada se enhilara
en el oro de Ofir de tu cabello,
y convirtiéndolo hazañas en deleites
te pecharan en cintas y en afeites.
Redujeras á damas tu consejo,
á trenzas tu corona, y á un estrado
el solio de tu ilustre padre viejo;
las armas á la holanda y al brocado;
por escudo tomaras un espejo,
y de tu misma vista enamorado,
en lugar de la espada á que me aplico,
esgrimieras, tal vez, el abanico.
Mayorazgo te dió naturaleza
con que los ojos de Israel suspendes;
el cielo ha puesto renta en tu cabeza,
pues sus madejas á las damas vendes;
cada año, haciendo esquilmos tu belleza,
cuando aliviarla de su peso entiendes,
repartiendo por tierras su tesoro
se compran en doscientos siclos de oro.
De tu belleza ser el rey procura;
déjame á mí, Israel, que haces agravio
á tu delicadeza, á tu blandura.

ABSALÓN.

Cierra, villano, el atrevido labio;
que el reino se debía á la hermosura,
á pesar de tu envidia, dijo un sabio,
señal que es noble el alma que está en ella,
que el huesped bello habita en casa bella.
Cuando mi padre al enemigo asalta
no me quedo en la corte, dando al ocio
lascivos años, ni el valor les falta
que, con mis hechos, quilatar negocio;
mi aceró incircuncisa sangre esmalta;
la guerra, que jubila al sacerdocio,
en mis hazañas enseñar procura
cuán bien dice el valor con la hermosura.
Mas ¿para qué lo que es tan cierto he puesto
en duda con razones? Haga alarde
la espada contra quien te has descompuesto,
si porque soy hermoso soy cobarde.

ADONIAS.

Por adorno no más te la habrás puesto.
No la saques así, el amor te guarde,
que te desmayarás si la ves fuera.

ABSALÓN.

¡Si no saliera el Rey! ...

ADONIAS.

¡Si no saliera! ...

ESCENA III

Salen el REY DAVID y SALOMÓN. DICHOS.

DAVID.

Bersabé, vuestra madre me ha pedido
por vos, mi Salomón; creed, sed hombre,
que si amado de Dios sois, y querido,

conforme significa vuestro nombre,
yo espero en él, que al trono real subido,
futuros siglos vuestra fama asombre.

SALOMÓN.

Vendráme, gran señor, esa alabanza
por ser de vos retrato y semejanza.

DAVID.

Príncipes....

ABSALÓN.

Gran señor....

DAVID.

¿En qué se entiende?

ADONIAS.

La paz ocupa el tiempo en novedades;
galas la mocedad al gusto vende,
si el desengaño á la vejez verdades.

ABSALÓN.

La caza, que del ocio nos defiende,
nos convida á correr sus soledades;
esta traçamos y tras ella fiestas.

DAVID.

¡Válgame Dios! ¿Qué voces serán estas?

ESCENA IV

Sale Tamar descabellada y de luto.

TAMAR. Gran monarca de Israel,
descendiente del León,
que para vengar injurias
dió á Judá el viejo Jacob:
si lágrimas, si suspiros,
si mi compasiva voz,
si lutos, si menosprecios
te mueven á compasión,
y cuando aquesto no baste,
si el ser hija tuya yo
á que castigues te incita
al que tu sangre afrentó,
por los ojos vierto el alma,
luto traigo por mi honor,
suspiros al cielo envío,
de inocencias vengador.
Cubierta está mi cabeza
de ceniza; que un amor
desatinado, si es fuego,
sólo deja en galardón
cenizas que lleva el aire;
mas, aunque cenizas son,
no quitarán mancha de honra,
sangre sí, que es buen jabón.
La mortal enfermedad
del torpe príncipe Amón,
peste de la honra fué;
pegóme su contagión.
Que le guisase mandaste,
alguna cosa á sabor
de su postrado apetito...
¡Ponzoña fuera mejor!
Sazónele una sustancia;
mas las sustancias no son

de provecho, si se oponen
accidentes de afición.
Estaba el hambre en el alma,
y en mi desdicha, guisó
su desvergüenza mi agravio;
sazonóle la ocasión,
y sin advertir mis quejas,
ni el proponelle que soy
tu hija, Rey, y su hermana,
su estado, su ley, su Dios,
echando la gente fuera,
á puerta cerrada entró
en el templo de la fama
y sagrado del honor.
Aborrecióme ofendida;
no me espanto; que al fin son
enemigas declaradas
la esperanza y posesión.
Echóme injuriosamente
de su casa el violador,
oprobios por gustos dando:
¡paga, en fin, de tal señor!
Deshonrada por sus calles
tu corte mi llanto oyó:
sus piedras se compadecen,
cubre sus rayos el sol
entre nubes, por no ver
caso tan fiero y atroz.
Todos te piden justicia:
¡justicia, invicto señor!
Dirás que es Amón tu sangre:
el vicio la corrompió,
sángrate de ella, si quieres,
dejar vivo tu valor.
Hijos tienes herederos;
semejanza tuya son
en el esfuerzo y virtudes;
no dejes por sucesor
quien, deshonrando á su hermana,
menoscababa tu opinión;
pues mejor afrentará
los que tus vasallos son.
Ea, sangre generosa
de Abraham: si su valor
contra el inocente hijo
el cuchillo levantó,
uno tuvo, muchos tienes;
inocente fué, Amón no;
á Dios sirvió así Abraham,
ansí servirás á Dios.
Véncete, Rey, á tí mismo;
la justicia, á la pasión
se anteponga; que es más gloria
que hacer piezas al león.
Hermanos, pedid conmigo
justicia. Bello Absalón,
un padre nos ha engendrado,
una madre nos parió;
á los demás no les cabe
de mi deshonra y baldón
sino sola la mitad;
mis medios hermanos son;
vos lo sois de padre y madre;
entera satisfacción
tomad, ó en eterna afrenta
vivid sin fama desde hoy.
¡Padre, hermanos, israelitas,

calles, puertas, cielos, sol,
brutos, peces, aves, plantas,
elementos, campos, Dios...!
¡Justicia os pido á todos de un traidor,
de su ley y su hermana violador!

DAVID. Alzad, Infanta, del suelo.
Llamadme al príncipe Amón.

¿Esto es, cielos, tener hijos?
Mudo me deja el dolor;
hablad ojos si podéis,
sentid mi mal, lenguas sois.
¡Lágrimas serán palabras
que expliquen al corazón!
Rey me llama la justicia;
padre me llama el amor,
uno obliga y otro impele,
¿cual vencerá de los dos?

ABSALÓN. Hermana (¡nunca lo fueras!)
da lugar á la razón;
pues no le halla la venganza;
freno á tus lágrimas pon.
Amón es tu hermano y sangre;
á sí mismo se afrentó;
puertas adentro se quede
mi agravio y tu deshonra.
Mi hacienda está en Efraín.
granjas tengo en Bahalator:
casas fueron de placer,
ya son casas de dolor.
Vivirás conmigo en ellas
que, mujer sin opinión,
no es bien que en cortes habite,
muerta su reputación.

Vamos á ver si los tiempos
tan sabios médicos son
que, con remedios de olvido,
den alivio á tu dolor.

TAMAR. Bien dices; viva entre fieras
quien entre hombres se perdió;
que á estar con ellas, yo sé
que no muriera mi honor. (Vase.)

ABSALÓN. (Ap.) Incestuoso tirano,
pronto cobrará Absalón,
quitándote vida y reino,
debida satisfacción. (Vase.)

ADONIAS. A tan portentoso caso,
no hay palabras, no hay razón
que aconsejen y consuelen;
triste y confuso me voy. (Vase.)

SALOMÓN. La Infanta es hermana mía,
del Príncipe hermano soy;
la afrenta de Tamar siento,
temo el peligro de Amón;
el Rey es santo y prudente;
el suceso causa horror,
más vale dar con el tiempo
lugar á la admiración. (Vase.)

ESCENA V

Sale temeroso Amón; David está llorando.

AMÓN. El Rey, mi señor, me llama.
¡Tré ante el Rey, mi señor?
¿Su cara osaré mirar
sin vergüenza ni temor?
Temblando estoy á la nieve

de aquestas canas; que son
los pecados, frías cenizas
del fuego que encendió amor.
¡Qué animoso, antes del vicio,
anda siempre el pecador!
¡Cometido, qué cobarde!
Príncipe...

DAVID. A tus pies estoy.

(De rodillas, lejos.)

DAVID. (Ap.) ¿No ha de poder la justicia
aquí, más que la afición?
Soy padre, también soy Rey;
es mi hijo, fué agresor;
piedad sus ojos me piden,
la Infanta satisfacción.
Prenderéle en escarmiento
de este insulto. Pero, no;
levántase de la cama;
de su pálido color
sus temores conjeturo.
Pero ¿qué es de mi valor?
¿Qué dirá de mí Israel
con tan necia remisión?
Viva la justicia, y muera
el Príncipe violador.
(A él.) Amón.

AMÓN. Amoroso padre.

DAVID. (Ap.) El alma me traspasó.
Padre amoroso me llama,
socorro pide á mi amor...
Pero, muera... ¿Cómo estás?

(Vuélvese á él furioso, y en viéndole se enternece.)

AMÓN. Piadoso padre, mejor.

DAVID. (Ap.) En mirándole, es de cera
mi enojo, y su cara es sol.
El adulterio homicida,
con ser Rey, me perdonó
el justo Juez, porque dije
un pequé de corazón.
Venció en él, á la justicia
la piedad; su imagen soy;
el castigo es mano izquierda,
mano es derecha el perdón,
pues ser izquierdo es defecto...
(A Amón.) Mirad, Príncipe, por vos;
cuidad de vuestro regalo.
(Ap.) ¡Ay, prenda del corazón!
(Vase el Rey.)

ESCENA VI

AMÓN.

(Levántase.) ¡Oh poderosas hazañas
del amor, único dios
que hoy á David ha vencido
siendo rey y vencedor!
Que miráse por mí, dijo;
blandamente me avisó;
el castigo del prudente
es la tácita objeción.
Temió darme pesadumbre;
por entendido me doy;
yo pagaré amor tan grande
con no ofenderle desde hoy. (Vase.)

ESCENA VII

Sale Absalón solo.

ABSALÓN. ¿Que una razón no le dijo en señal de sus enojos? ¡Ni un severo mirar de ojos! Hija es Tamar, si él es hijo. Mas, no importa; que ya elijo la justa satisfacción que á mi padre la pasión de amor ciega, pues no ve, con su muerte cumpliré la justicia y mi ambición. No es bien que reine en el mundo quien no reina en su apetito: en mi dicha y su delito todo mi derecho fundo. Hijo soy del Rey, segundo. Ha por sus culpas primero; hablar á mi padre quiero y del sueño despertalle con que ha podido hechizalle amor, siempre lisonjero. Aquí está. Pero ¿qué es esto?

(Tira una cortina y descúbrese un bufete, y sobre él una fuente y en ella una corona de oro de rey.)

¿La corona en una fuente con que ciñe la real frente mi padre, grave y compuesto? La mesa el plato me ha puesto que ha tanto que he deseado; debo de ser convidado; si el reinar es tan sabroso como afirma el ambicioso, no es de perder tal bocado. Amón no os ha de gozar, cerco, en quien mi dicha encierro; que sois vos de oro, y fué yerro el que deshonró á Tamar. Mi cabeza quiero honrar con vuestro círculo bello; mas rehusaréis el hacello, pues aunque en ella os encumbre, temblaréis de que os deslumbre el oro de mi cabello. *(Corónase.)* Bien me estáis; vendréisme así nacida, y no digo mal, pues nací de sangre real y vos nacéis para mí. ¿Sabréos merecer yo? Sí. ¿Y conservaros? También. ¿Quién hay en Jerusalén que lo estorbe? Amón. ¡Matarle! mi padre que ha de vengarle... Matar á mi padre.

ESCENA VIII

Sale David.

DAVID. ¿A quién?

(Saca la espada Absalón, sátele al encuentro David y hállale coronado.)

ABSALÓN. ¡Ay, cielos! A quién no es vasallo de vuestra alteza.

(Arrodillase.)

DAVID. Coronada tu cabeza, no dices bien á mis pies.
ABSALÓN. Pienso heredarte después; que anda el Príncipe indispuerto.
DAVID. Hástela puesto muy presto, no serás sucesor suyo; que de esa corona arguyo, que como llega á valer un talento, ha menester mayor talento que el tuyo. En fin, ¿me quieres matar?

ABSALÓN. ¿Yo?
DAVID. ¿No acabas de decillo?

ABSALÓN. Si llegaras bien á oílo, mi fe habías de premiar; si vengo, dije, á reinar vivo tú en Jerusalén, mi enojo probará quien fama por traidor adquiere, y por ser tirano, quiere matar á mi padre.

DAVID. Bien.
¿Pues quién hay á quien le cuadre tal título?

ABSALÓN. No sé yo...
quien á su hermana forzó también matará á su padre.

DAVID. Por ser los dos de una madre, contra Amón te has indignado; pues ten por averiguado que quien fuere su enemigo no ha de tener paz conmigo.

ABSALÓN. Sin razón te has enojado.
¡Sólo yo, te hallo cruel!

DAVID. ¿Qué mucho, si tú lo estás con Amón?

ABSALÓN. No le ama más que yo, nadie en Israel; antes, gran señor, con él y los Príncipes quisiera que vuestra alteza viniera al esquilmo, que ha empezado en Balhasor mi ganado, y que esta merced me hiciera. Tan lejos de desatinos y venganzas necias vengo, que allí banquetes prevengo de tales personas dinos; honre nuestros vellocinos vuestra presencia, señor, y divierta allí el dolor que le causa este suceso; conocerá que intereso granjear sólo su amor.

DAVID. Tú fueras el fénix de él, si estas cosas olvidaras, y al Príncipe perdonaras, no vil Caín, sino Abel.

ABSALÓN. Si hiciera venganza en él, plegue á Dios que me haga guerra cuanto el sol dora y encierra, y contra ti rebelado, de mis cabellos colgado muera, entre el cielo y la tierra.

DAVID. Si eso cumples, Absalón, mocedades te perdono; con los brazos te coronó,

si mejor corona son.

ABSALÓN. En mis labios los pies pon, y añade á tantas mercedes, porque satisfecho quedés, señor, el venir á honrar mi esquilmo, pues da lugar la paz y alegrarte puedes.

DAVID. Harémoste mucho gasto; no, hijo, goza tu hacienda; al reino pide que atienda la vejez que en canas gasto.

ABSALÓN. Pues á obligarte no basto á esta merced, da licencia, que, supliendo tu presencia Adonias, Salomón, hagan, yendo con Amón, de mi amor noble experiencia.

DAVID. ¿Amón? Eso no hijo mío.

ABSALÓN. Si melancólico está, sus penas divertirá el ganado, el campo, el río.

DAVID. Temo que algún desvario dé nueva causa á mi llanto.

ABSALÓN. De la poca fe me espanto que tiene mi amor contigo.

DAVID. La experiencia en esto sigo, que cuando con el disfraz viene el agravio, de paz, es el mayor enemigo.

ABSALÓN. Antes el gusto y regalo que he de hacerle ha de abonarme; en esto pienso esmerarme.

DAVID. Nunca el recelar fué malo.

ABSALÓN. ¡Plegue al cielo que sea un palo alguacil que me suspenda cuando yo al Príncipe ofenda! No me alzaré de tus pies, padre, hasta que á Amón me des.
DAVID. Del alma es la mejor prenda; pero en fe de que confío en tí, yo te lo concedo.

ABSALÓN. Cierto ya de tu amor quedo.

DAVID. *(Ap.)* ¿De qué dudáis, temor frío?

ABSALÓN. Vóile á avisar.

DAVID. Hijo mío, en olvido agravio pon.

ABSALÓN. No temas.

DAVID. ¡Ay, mi Absalón: lo mucho que te amo pruebas!

ABSALÓN. Adiós.

DAVID. Mira que me llevas la mitad del corazón. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Salen Tirso, Braulio, Aliso, Riseño, Ardelio, ganaderos y Tamar de pastora, rebozada la cara con la toca.

UNOS. *(Cantan.)* «Al esquilmo, ganaderos, que balan las ovejas y los carneros.»

OTROS. Ganaderos, á esquilmar, que llama los pastores el mayoral.

UNO. El amor trasquila la lana que dan, los amantes mansos que á su aprisco van;

trasquila la dama al pobre galán, aunque no es su oficio sino repelar.

Trasquila el alcalde al que preso está, y si entró con lana en *puribus* va.

Pela el escriben, porque escribanar con pluma con pelo de comer le da.

Pela el alguacil hasta no dejar vellón en la bolsa, plata, otro que tal.

El letrado pela, pela el oficial, que hay mil peladores. si pelones hay.

Todos. «Al esquilmo, ganaderos, que balan las ovejas y los carneros; ganaderos, á esquilmar, que llama á los zagales el mayoral.»

Tirso. Dichosas serán desde hoy las reses que en el Jordán cristales líquidos beben, y en tomillos pacen sal.

Ya con vuestra hermosa vista yerba el prado brotará, por más que la seque el sol, pues vos sus campos pisáis.

¿De qué estáis melancionosa, hermosísima Tamar, pues con vuestros ojos bellos estos montes alegráis?

Si dicen que está la corte do quiera que el rey está, y vos sois reina en belleza, la corte es esta, no hay más.

La infantica, entreteneós, vuesa hermosura mirad en las aguas que os ofrecen por espejo su cristal.

Tamar. Temo de mirarme á ellas.

Braulio. Si es por no os enamorar de vos misma, bien hacéis, que á la he que quillotráis desde ell alma á la asadura á cuantos viéndoos están,

y que para mal de muchos el dimuño os trujo acá. Mas, asomáos con todo eso, veréis cómo os retratáis en la tabla de este río

si en ella á vos os miráis; y haréis un cuadro valiente, que porque le guarnezcáis, las flores de oro y azul de marco le servirán:

¡Honradla, miráos á ella!

Tamar. Aunque hermosa me llamáis, tengo una mancha afrentosa: si la veo he de llorar.

Aliso. ¿Manchas tenéis? Y aun por eso, que aquí los espejos que hay, si manchas muestran, las quitan,

enseñando al amistad.
Allá los espejos son
sólo para señalar
faltas, que viéndose en vidrio,
con ellas en rostro dan;
acá, son espejos de agua
que á los que á mirarse van,
muestran manchas y las quitan,
en llegándose á lavar.

TAMAR. Si agua esta mancha quitara,
harta agua mis ojos dan;
sólo á borrarla es bastante
la sangre de un desleal.

RISELO. No vi en mi vida tal muda:
miel virgen afeitada acá,
que ya hasta las caras venden
postiza virginidad.
¿Son pecas?

TAMAR. Pecados son.
ARDELIO. Cubrillas con solimán.

TAMAR. No queda, pastor, por eso;
toda yo soy rejalgar.

TIRSO. ¿Es algún lunar, acaso,
que con la toca tapáis?

TAMAR. No se muda cual la luna,
ni es la deshonra lunar.

TIRSO. Pues sea lo que se huere,
pardiez, que hemos de cantar
y aliviar la pesadumbre;
que es locura lo demás.

(Cantan.) «Que si estáis triste, la In-
todo el tiempo lo acaba; [fanta,

desdenes de amor,
la ausencia los sana;

para desengaños
buena es la mudanza;

si atormentan celos
darlos á quien ama;

para la vejez,
arrimar las armas;

para mujer pobre,
gastar lo que basta;

para mal de ausencia,
juegos hay y cazas;

para excusar penas,
estudiar en casa;

para agravios de honra,
perdón ó venganza,

que si triste estáis, la infanta,
todo el tiempo lo acaba.»

ESCENA X

Sale LAURETA con un tabaque de flores. DICHOS.

LAURET. Todas estas flores bellas
á la primavera he hurtado;
que pues de amor sois el prado,
competir podéis con ellas.
Lleno viene este cestillo
de las más frescas y hermosas,
yerbas, jazmines y rosas,
desde el clavel al tomillo.
Aquí está la manutisa,
la estrella mar turquesada,
con la violeta morada
que amor, porque huele, pisa;

el sándalo, el pajarillo,
alelles, siete ramas,
azucenas y retamas,
madreselva é hisopillo.
Tomadlos, que son despojos
del campo, y juntad con ellos
labios, aliento y cabellos,
pechos, frente, cejas y ojos.

TAMAR. Todas las que Abril esmalta,
pierden en mi su valor,
Laureta, porque la flor
que más me importa, me falta.

(Dale unas violetas y póneselas Tamar
en los pechos.)

TIRSO. Ya vendréis á adivinar
sueños ó cosas de risa;
que, como sois pitonisa,
consolaréis á Tamar.
Laureta, diz que tratáis
con el diablo.

ARDELIO. Ya han venido
los príncipes, que han querido
honrarnos hoy.

TIRSO. ¿Qué aguardáis?

ARDELIO. Mientras el convite pasa,
al soto apacible vamos,
y de flores, yerba y ramos
entapicemos la casa.

TIRSO. Ardelio, tenéis razón;
démonos prisa, pastores;
pero ¿qué ramos ni flores
hay como ver á Absalón?

(Vanse los pastores.)

TAMAR. Vámonos de aquí, Laureta.

LAURET. ¿Para qué? Bien disfrazada
estás.

TAMAR. Di mal injuriada.

LAURET. Olvida, si eres discreta.

TAMAR. Bien dijo, aunque ese es buen medio,
un ingenio singular:
«el remedio era olvidar,
y olvidóseme el remedio.»

ESCENA XI

Salen AMÓN, ABSALÓN, ADONIAS y SALOMÓN. DICHOS.

AMÓN. Bello está el campo.

ABSALÓN. Es el Mayo,
el mes galán, todo flor.

ADONIAS. A lo menos labrador,
según agrona el sayo.

AMÓN. Oíd, que hay aquí serranas,
y no de mal aire y brío.

ABSALÓN. De mi hacienda son, y os fio
que envidien las cortesanas
su no ayudada hermosura.

AMÓN. ¡Bien haya quien la belleza
debe á la naturaleza,
no al afeite y compostural

ABSALÓN. Esta es mujer tan curiosa,
que de lo futuro avisa;
tiénenla por pitonisa
estos rústicos.

SALOMÓN. Y ¿es cosa
de importancia?

AMÓN. De esta gente

hacer caso es vanidad;
tal vez dirá la verdad,
y después mentiras veinte.
Mas ¿quién es la rebozada?

ABSALÓN. Es una hermosa pastora,
que injurias de su honra llora
y espera verse vengada.

AMÓN. Ella tiene buena flema.
¿No la veremos?

ABSALÓN. No quiere,
mientras sin honra estuviere,
descubrirse.

AMÓN. Linda flema. (A Laureta.)
Ahora bien, con vos me entiendo.

LAURET. Llegaos, mi serrana, acá.

LAURET. Su alteza pretenderá,
y después iráse huyendo.

AMÓN. Bien parecéis adivina.
Llena de flores venis;

¿cómo no las repartís,
si el ser cortés os inclina?

LAURET. Estos prados son teatro
do representa Amaltea.

Mas, porque no os quejéis, ea,
á cada cual de los cuatro
tengo de dar una flor.

AMÓN. Y esotra serrana ¿es muda?
Quita el rebozo...

LAURET. Está en muda.

AMÓN. ¿Mudas hay acá?

LAURET. De honor.

AMÓN. Y ¿hay honor entre villanas?

LAURET. Y con más firmeza está;
que no hay príncipes acá
ni fáciles cortesanas.
Pero dejémonos de esto,
y va de flor.

AMÓN. ¿Cuál me cabe?
(Aparte á cada uno.)

LAURET. Esta azucena suáve.

AMÓN. Eso es picarme de honesto.

LAURET. Yo sé que oella os agrada;

pero no la deshojéis,
que la espadaña que veis,
tiene la forma de espada;

(Dale una azucena con una espadaña.)

y aquesos granillos de oro,
aunque á la vista recrean,
manchan si los manosean,
porque estriba su tesoro
en ser intactos; dejáos,
Amón, de deshojar flor
con espadañas de honor,
y si la ofendéis, guardaos.

AMÓN. Yo estimo vuestro consejo.
(¡Demonio es esta mujer!)

SALOMÓN. ¿Qué os ha dicho?

AMÓN. No hay que hacer
caso; por loca la dejo.

ADONIAS. ¿Qué flor me cabe á mí?

LAURET. Extraña:

espuela de caballero.

ADONIAS. Bien por el nombre la quiero.

LAURET. A veces la espuela daña.

ADONIAS. Diestro soy.

LAURET. Si lo sois, alto;

pero guardaos, si os agrada

de una doncella casada,
no os perdáis por picar alto.
ADONIAS. No os entiendo.

ABSALÓN. Yo me quedo
postrero; id, hermanos, vos.

SALOMÓN. Confusos vienen los dos.

(A Laureta.) Si acaso obligaros puedo,
más conmigo os declarad.

LAURET. Esta es corona de rey,
flor de vista, olor y ley;
sus propiedades gozad;
que aunque Rey seréis espejo,
y el mayor de los mejores,
temo que os perdáis por flores
de amor, si sois mozo viejo.

AMÓN. ¡Buena flor!

SALOMÓN. Con su pimienta.

ABSALÓN. ¿Cábeme á mí?

LAURET. Este narciso.

ABSALÓN. Ese á sí mismo se quiso.

LAURET. Pues tened, Absalón, cuenta
con él, y no os queráis tanto;
que de puro engrandeceros,
estimaros y quereros,
de Israel seáis espanto.

Vuestra hermosura enloquece
á toda vuestra nación.

Narciso sois, Absalón,
que también os desvanece.

Cortaos esos hilos bellos,
que si los dejáis crecer
os habéis presto de ver
en alto por los cabellos.

(Vase Laureta.)

ESCENA XII

DICHOS MENOS LAURETA. LUEGO UN CRIADO.

ABSALÓN. Espera; fuese. (Si en alto
por los cabellos me veo,
cumplirás mi deseo:
al reino he de dar asalto.—
¿En alto por los cabellos?
Mi hermosura ha de obligar
á Israel, que á coronar
me venga, loco por ellos.)

AMÓN. Confuso os habéis quedado.

ABSALÓN. ¡Príncipes, alto, á comer!

(Ap.) Sobre el trono, me han de ver,
de mi padre, coronado.

Muera en el convite Amón,
quede vengada Tamar;
dé la corona lugar
á que la herede Absalón.

(Sale un criado.)

CRIADO. La comida que se enfria,
á vuestras altezas llama.

AMÓN. (Ap.) De aquesta serrana dama
ver la cara gustaría. (A Absalón.)

Idos, hermano, con ellos.

ABSALÓN. No nos hagáis esperar.

(Ap.) Reinando, vengo á quedar
en alto por los cabellos.

(Vanse todos, menos Amón y Tamar.)

ESCENA XIII

TAMAR y AMÓN.

AMÓN. Yo, serrana, estoy picado de esos ojos lisonjeros, que deben de ser fulleros, pues el alma me han ganado. ¿Queréisme, vos, despigar?

TAMAR. Cansaraos el juego presto, y en ganando el primer resto luego os querréis levantar. ¡Buenas manos!

AMÓN. De pastora.

TAMAR. Dadme una.

AMÓN. Será en vano dar mano á quien da de mano y ya aborrece, ya adora.

AMÓN. Llegaréola yo á tomar, pues su hermosura me esfuerza. ¿A tomar? ¿cómo?

AMÓN. Por fuerza.

TAMAR. ¿Qué amigo sois de forzar!

AMÓN. Basta; que aquí todas dais en adivinas.

TAMAR. Queremos estudiar, cómo sabremos burlaros, pues nos burláis.

AMÓN. ¿Flores traéis vos también?

TAMAR. Cada cual, humilde ó alta, busca aquello que le falta.

AMÓN. Serrana, yo os quiero bien. Dadme una flor.

TAMAR. ¡Buen floreo os traéis! Creed, señor, que á no perder yo una flor, no sintiera el mal que veo.

AMÓN. Una flor he de tomar.

TAMAR. Flor de Tamar, diréis bien.

AMÓN. Forzaréos: dadla por bien.

TAMAR. ¡Qué amigo sois de forzar! Pero, tomad, si os agrada. *(Date las violetas.)*

AMÓN. ¿Violetas?

TAMAR. Para alegraros; porque yo no puedo daros, Amón, sino flor violada.

AMÓN. ¡Eso es mucho adivinar! Destapáos.

TAMAR. Apártese.

AMÓN. Por fuerza os descubriré. *(Descúbrela.)*

TAMAR. ¡Qué amigo sois de forzar!

AMÓN. ¡Ay, cielos! Monstruo. ¿Tú eres? ¿Quién los ojos se sacara primero que te mirara, afrenta de las mujeres! Voime, y pienso que sin vida; que tu vista me mató. No esperaba, cielos, yo, tal principio de comida. *(Vase.)*

TAMAR. Peor postre te han de dar, ¡bárbaro, cruel, ingrato, pues será el último plato la venganza de Tamar! *(Vase.)*

ESCENA XIV

Salen los pastores con ramos y cantando.

(Cantan) «A las puertas de nuestros vamos, vamos, vamos á poner ramos.

UNO. A Absalón el bello, alamico negro, cinamono y cedro, y palma ofrezcamos.

TODOS. Vamos, etc.

OTRO. Al mozo Adonias dé las maravillas rosa y clavellinas, guirnaldas tejamos.

TODOS. Vamos, etc.

UNO. Al Príncipe nueso de ciprés funesto y taray espeso coronas tejamos.

TODOS. Vamos, etc.

OTRO. Salomón prudente ceñirá su frente del laurel valiente que alegres cortamos.

TODOS. Vamos, etc.

ESCENA XV

Gritan desde adentro, y hacen ruido de golpes y cáen-se mesas y vajillas, y luego salen huyendo SALOMÓN y ADONIAS.

ABSALÓN. La comida has de pagar dándote muerte, villano.

AMÓN. ¿Por qué me matas, hermano?

ABSALÓN. Por dar venganza á Tamar.

AMÓN. ¡Cielos, piedad! ¡Muerto soy!

SALOMÓN. Huye.

ADONIAS. ¡Oh, bárbaro sin ley; todos los hijos del Rey por reinar perecen hoy! *(Vanse.)*

TIRSO. ¡Osté puto! Esto va malo.

ARDELIO. Huyamos, no nos alcance algún golpe en este lance.

BRAULIO. Mirad qué negro regalo de convite.

TIRSO. ¡Oh, mi cebolla!

AMÓN. ¡Más os quiero que Absalón sus pavos!

ARDELIO. Tirso, chitón, que nos darán en la cholla. *(Vanse.)*

ESCENA XVI

Descúbrense aparadores de plata, caídas las vajillas, y una mesa llena de manjares y descompuesta; los manteles ensangrentados, y Amón sobre la mesa, asentado y caído de espaldas en ella, con una daga en una mano y un cuchillo en la otra, atravesada por la garganta una daga; y salen ABSALÓN y TAMAR.

ABSALÓN. Para tí, hermana, se ha hecho el convite; aqúeste plato, aunque de manjar ingrato, nuestro agravio ha satisfecho:

hágate muy buen provecho. Bebe su sangre, Tamar; procura en ella lavar tu fama, hasta aquí manchada; caliente está la colada, fácil la puedes sacar.

A Gesur huyendo voy, que es su rey mi agüelo, y padre de nuestra injuriada madre.

TAMAR. Gracias á los cielos doy, que no lloraré desde hoy mi agravio, hermano valiente; ya podré mirar la gente resucitando mi honor; que la sangre del traidor es blasón del inocente. Quédate, bárbaro, ingrato, que en buen tùmulo te han puesto; sepulcro del deshonesto es la mesa, taza y plato.

ABSALÓN. Heredar el reino trato.

TAMAR. ¡Déntele los cielos bellos!

ABSALÓN. Amigos tengo, y por ellos, como dijo la mujer, todo Israel me ha de ver en alto por los cabellos. *(Vase y encúbrense la apariencia.)*

ESCENA XVII

Sale el REY DAVID solo.

DAVID. ¡Amón, Príncipe, hijo mío! Si eres tú, pide al deseo albricias, que los instantes juzga por siglos eternos. Gracias á Dios que á pesar de sospechas y recelos, con tu vista restituyo la vida que sin ti pierdo. ¿Cómo vienes? ¿Cómo estás? ¿Podré, enlazando tu cuello, imprimir lirios en rosas; guarnecer oro en acero? *(Va á abrazarle y solo encuentra el vacío.)*

Dame los amados brazos ¡Ay, engaños lisonjeros! ¿Por qué con burlas pesadas me hacéis abrazar los vientos? Como la madre acallando al hijo que tiene al pecho, ¡me enseñas la joya de oro para escondérmela luego! Como en la navegación prolija, ¡en celajes negros fingidos montes me pintas, siendo mentiras de lejos! Como fruta de pincel, como hermosura en espejo, como tesoro soñado, como la fuente al enfermo, ¿burladoras esperanzas engaáis mis pensamientos

para acrecentar pesares, para atormentar desvelos? ¡Amón mío! ¿dónde estás? Deshaga el temor los celos, el sol de tu cara, hermoso, remoce tu vista á un viejo. ¿Si se habrá Absalón vengado? ¿Si habréis sido, como temo, hijo caro de mis ojos, de sus esquilmos cordero? No: ¡que es vuestro hermano! en fin; la sangre hierve sin fuego. ¡Mas, ay! que es sangre heredada de quien á su hermano mesmo vendió, y llorará David como Jacob, en sabiendo si á Josef mató la envidia, que á Amón la venganza ha muerto. Absalón ¿no me juró no agraviarlo? ¿De qué tiemblo? Pero, el amor y el agravio nunca guardan juramento. La esperanza y el temor, en este confuso pleito, alegan en pro y en contra; ¡sentenciad en favor, cielos! Caballos suenan ¿si serán mis amados hijos estos? Alma, asomaos á los ojos. Ojos, abríos para verlos. Grillos echa el temor frío á los pies, cuando el deseo se arroja por las ventanas.

ESCENA XVIII

Salen muy tristes ADONIAS y SALOMÓN. DAVID.

DAVID. ¡Hijos!

ADONIAS. Señor...

DAVID. ¿Venís buenos? ¿Qué es de vuestros dos hermanos? ¿Calláis? Siempre fué el silencio embajador de desgracias. ¿Lloráis? Hartos mensajeros mis sospechas certifican. ¡Ay, adivinos recelos! ¿Mató Absalón á su hermano?

SALOMÓN. Sí, señor.

DAVID. Pierda el consuelo la esperanza de volver al alma, pues á Amón pierdo. Tome eterna posesión el llanto, porque sea eterno de mis infelices ojos hasta que los deje ciegos. Lástimas hable mi lengua. No escuchen sino lamentos mis oídos lastimosos ¡Ay, mi Amón! ¡Ay, mi heredero! Llore tu padre con Jacob diciendo: ¡Hijo, una fiera pésima te ha muerto! Y de Tamar la historia prodigiosa acaba aquí en tragedia lastimosa.